

**LA HOJARASCA VASCA: PARALELISMOS HISTÓRICO-
POLÍTICOS ENTRE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ Y SABINO
ARANA GOIRI¹**

***THE BASQUE LEAF STORM: HISTORICAL-POLITICAL PARALLELS
BETWEEN GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ AND SABINO ARANA GOIRI***

Pedro José Chacón Delgado²

Universidad del País Vasco (UPV-EHU)

RESUMEN

La comparación entre el Nobel colombiano, sobre todo a través de sus obras *La hojarasca* y *Cien años de soledad*, y el fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana Goiri, arroja un resultado sorprendente. En el caso del vasco, se construye una identidad vasca por rechazo de la española que llega al País Vasco en las grandes inmigraciones de finales del siglo XIX y mediados del XX. En el caso de García Márquez, se construye la identidad del Caribe colombiano también por rechazo de los inmigrantes que llegan para trabajar en las bananeras –la hojarasca–. Con lo que se demuestra que la construcción de una identidad colectiva puede adquirir una dimensión tanto política como cultural: lo mismo sirve para construir un movimiento nacionalista que una obra literaria de alcance universal.

PALABRAS CLAVES: inmigración, identidad, nacionalismo.

¹ Artículo recibido el 06 de mayo de 2019 y aprobado el 09 de septiembre de 2019.

² Profesor de Historia del Pensamiento Político en la Universidad del País Vasco (UPV-EHU). Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación: “Aproximación interdisciplinar a los lenguajes jurídico-políticos de la modernidad euroamericana. Dimensiones espacio-temporales” (HAR2017-84032-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España, la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) de la Unión Europea; y en el Grupo de Historia Intelectual de la Política Moderna: conflictos y lenguajes jurídicos y políticos 18/215 financiado por la UPV-EHU.

ABSTRACT

The comparison between the Colombian Nobel prize winner, especially via his works *La hojarasca* and *Cien años de soledad*, and the founder of Basque nationalism, Sabino Arana Goiri, produces a surprising result. In the case of the latter, a Basque identity is constructed as a consequence of rejection of the Spanish identity represented by the mass immigration to the Basque Country in the late-19th and mid-20th centuries. In the case of García Márquez, it is the identity of the Colombian Caribbean that is constructed, also a rejection of the immigrants that arrive to work on the banana plantations – the leaf storm. Evidence that the construction of a collective identity may acquire a dimension that is both political and cultural: it serves to construct both a nationalist movement and a literary work of universal appeal.

KEY WORDS: immigration, identity, nationalism.

SUMARIO: I. ¿DOS AUTORES INCOMPARABLES ENTRE SÍ? II. LA HOJARASCA III. LOS GRINGOS Y LOS CACHACOS IV. DEFINICIONES IDENTITARIAS EN CIEN AÑOS DE SOLEDAD V. LA SOLEDAD COMO IDENTIDAD VI. IDENTIDAD CULTURAL E IDEOLOGÍA POLÍTICA

* * *

I. ¿DOS AUTORES INCOMPARABLES ENTRE SÍ?

Estamos ante dos autores enormemente dispares y, por tanto, muy difíciles de comparar. Uno es un literato, de los más grandes en lengua castellana del siglo XX y el de mayor éxito en vida, siendo su principal objetivo hacernos disfrutar, imaginar, pensar. Mientras que el otro es un ideólogo y político que vivió en lo que hoy es la Comunidad Autónoma Vasca, convencido de que su forma de entender su sociedad y su propuesta de gestionarla separada del resto de España era la más adecuada.

Pero por el hecho de tener ambos una obra escrita en castellano sí resultaría posible, en principio, compararlos. Del colombiano universal todos conocemos sus grandes novelas. En cambio, la obra de Sabino Arana Goiri solo cabe estudiarla en un sentido político, sociológico o histórico. La desproporción entre ambos podría expresarse de una manera más intuitiva recurriendo al hecho de que muy pocas personas

de las que conocen al autor de *La hojarasca* –en relación con los millones de sus lectores por todo el mundo– tienen noción de quién fue el fundador del nacionalismo vasco. Y además la gran mayoría de ese exiguo grupo de los que sí conocen a ambos autores a la vez, seguro que no va a compararlos por lo que los dos han escrito, ya que así como a García Márquez se le conoce básicamente por sus obras –y en mucha menor medida o subsidiariamente por sus posicionamientos políticos–, los que conocen a Sabino Arana Goiri (1865-1903) lo deben casi únicamente a que es el fundador del Partido Nacionalista Vasco, principal partido de la Comunidad Autónoma Vasca: en la inmensa mayoría de localidades vascas hay una calle principal dedicada a Sabino Arana. En cambio, por lo que respecta a sus obras escritas, desde que fueron editadas en 1980 las llamadas “Obras Completas de Sabino Arana Goiri” en tres gruesos volúmenes³ que están presentes en prácticamente todas las bibliotecas públicas vascas, cabe afirmar con convicción que son leídas muy poco, por no decir nada: la prueba más evidente es que llevan editadas desde hace casi cuarenta años y, a pesar de sus evidentes errores de composición⁴, no hay la más mínima señal de que vayan a ser reeditadas. Cabe pensar que es porque sus seguidores políticos actuales se avergüenzan de una parte sustancial de lo que se dice en ellas, en particular en lo que concierne a dos de sus obras iniciáticas y esenciales, como son los periódicos *Bizkaitarra* y *Baserritarra*, publicados ambos antes de 1898⁵. Y es que hoy se considera políticamente muy incorrecto –dados los tiempos de migración subsahariana que corren en España en general y en el País Vasco en particular– lo que se dice ahí respecto de los inmigrantes que llegaron al País Vasco a finales del siglo XIX procedentes de las regiones más depauperadas de España, para satisfacer las necesidades de mano de obra que generó la intensiva explotación minera y la consiguiente industrialización que se dio en Bilbao y las dos márgenes de la ría del Nervión por entonces. A aquellos españoles el fundador del nacionalismo vasco les consideraba vagos, chulos, pendencieros, propensos a blasfemar, a engatusar con malas artes y peores intenciones a las señoritas autóctonas, a

³ *Obras Completas de Sabino Arana Goiri*, San Sebastián, Sendoa, 1980, 3 vols., en adelante OC.

⁴ Muchos artículos no deberían estar porque no son de su autor y otros en cambio que sí lo son no aparecen. Remito para demostrar esto a Pedro José Chacón Delgado, “El pensamiento político de Sabino Arana Goiri: sobre falsos seudónimos y atribuciones erróneas”, en *Letras de Deusto*, nº 129, 2010, pp. 77-118.

⁵ En aquella época un periódico era lo que hoy es una hoja algo mayor que la de tamaño DIN A3 doblada por la mitad y conformando así cuatro páginas de lectura. En el caso de los dos periódicos citados, en realidad eran semanarios, sin fecha fija de salida pero que aparecían unas tres o cuatro veces al mes, y en los que Sabino Arana escribía la mayor parte de sus artículos, a veces con seudónimos, para disimular que los escribía casi por entero él solo.

ignorar las costumbres del país –en esto último no le faltaba razón, pero por lo mismo que desconocían las del resto de España y apenas las de su lugar de procedencia–, a no respetarlas tampoco –consecuencia casi inevitable de ignorarlas– y, en definitiva, a vivir en Euskadi⁶ como si lo hicieran en cualquier otra parte de España⁷.

A la hora de tratar de equiparar la significación de ambos personajes para la cultura en lengua española, hay dos razones principales y ambas referidas al vasco que lo impedirían. La primera es porque eso sería lo último que él mismo hubiera querido, a pesar de que escribió la mayor parte de su obra en esa lengua: un resto pequeño lo hizo en euskera en su variante vizcaína. La segunda porque el autor de *Bizkaya por su independencia* siempre consideró la literatura como una ocupación intelectual ancilar respecto de la política, minusvalorando a quien la ejerciera por puro interés artístico y no con la intención patriótica de luchar por la independencia de su país, que era lo que él se propuso en su vida y en su obra.

Sabino Arana Goiri, en definitiva, fue un político ultranacionalista del rincón oriental de la costa cantábrica de finales del siglo XIX (falleció a la edad de treinta y ocho años) y conocido antes de morir solo por su entorno más próximo y debido a su condición de ideólogo, luego de político y todo lo más de estudioso del euskera. Casi a continuación de que el movimiento político que él fundó conquistara amplias capas de la población vasca, es decir ya en la Segunda República española –la fecha simbólica de 1932 con la celebración del primer Aberri Eguna (día de la patria vasca) representaría la consagración del nacionalismo–, vio su progresión abruptamente interrumpida y silenciada por el alzamiento militar contra la Segunda República. Después de tres años de una horrenda guerra civil y con la caída definitiva del régimen republicano, al que el nacionalismo había apoyado en las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa –no así en Navarra y Álava, donde su presencia entonces era muy menor–, el conocimiento de Sabino Arana quedó reducido a sus más fervientes seguidores, tanto en el interior del País Vasco como también en las pequeñas agrupaciones de nacionalistas vascos exiliados en América. Y así permaneció hasta la víspera del inicio de la Transición, con

⁶ Término en euskera inventado por el propio Sabino Arana para denominar al País Vasco y que con alguna variación, que ahora no vamos a considerar, se emplea hoy de manera oficial.

⁷ Sobre el tema de la inmigración convertida en espoleta para la aparición del nacionalismo vasco véase de Pedro José Chacón Delgado, “El origen del nacionalismo vasco como antimaketismo: hipótesis de trabajo para una historia de las identidades en el País Vasco contemporáneo”, en *Inguruak*, monográfico especial: Sociedad e innovación en el siglo XXI, Bilbao, 2010, pp. 118-131. Y del mismo autor: *La identidad maketa*, Donostia, Hiria, 2006, y *Perdí la identidad que nunca tuve: el relato del País Vasco de Raúl Guerra Garrido*, Málaga, Sepha, 2010.

la muerte del dictador Franco, cuando el nacionalismo se convirtió –tanto en su forma digamos moderada, representada por el PNV, como en la radical, la que apoyaba entonces al terrorismo de ETA– en el principal movimiento político y social del País Vasco contemporáneo.

Y aquí hay que hacer constar que a Bogotá y otras localidades de Colombia debieron de llegar –como a muchos otros países de América– vascos en el exilio, y también desde épocas anteriores por supuesto, que construyeron su presencia social en forma de las Euskal Etxeak (casas vascas) fundadas por ellos⁸. En cualquier caso, resulta muy improbable, por no decir imposible, que esa presencia –tomemos por caso en la capital colombiana– llegara a conocimiento de Gabriel García Márquez y más aún si tenemos en cuenta su conocida aversión al influjo capitalino⁹.

En el caso de Gabriel García Márquez, estamos ante un hombre de letras y periodista nacido en la costa atlántica colombiana en 1928 y fallecido en México en 2014, que alcanza la gloria con sus novelas justo antes de cumplir los cuarenta años y que a partir de ahí ejerce una enorme influencia en la literatura, y por extensión en la cultura y también en la política del ámbito hispanoamericano, con marcada y conocida adhesión al sector de las izquierdas, y en particular a figuras políticas de su época como Fidel Castro, primero, y luego Felipe González.

II. LA HOJARASCA

Lo sorprendente y que motiva este trabajo es descubrir que en la obra de Gabriel García Márquez aparecen ideas muy similares, por no decir idénticas a las que manifiesta Sabino Arana y que les asemejan sin remedio, separados como estuvieron miles de kilómetros y no habiendo coincidido en vida ni tenida noticia uno del otro. Algo, por lo demás, que no resulta en absoluto infrecuente en la historia de las ideas y

⁸ De una rápida ojeada a la página de “Euskaletxeak.net (portal de y para los centros vascos)”, aparecen en Colombia tres euskal etxeak, las de Bogotá, Caldas y Medellín. La de Bogotá en concreto aparece construida en 1946, con lo cual es perfectamente posible que García Márquez la hubiera podido conocer. Otra cosa, completamente improbable, es la hubiera visitado y se hubiera enterado de las ideas de sus frequentadores.

⁹ “Abandonar su pueblo, conocer otros lugares, sobre todo la capital, fueron experiencias que recuerda sin alegría, como algo más bien doloroso...”, en Mario Vargas Llosa: *García Márquez: historia de un deicidio* (1971), en *Obras Completas*, vol. VI, *Ensayos literarios*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006, p. 131.

que revela, de un modo diríamos que natural, las coincidencias que albergamos todos los seres humanos en general –y los que dejan por escrito sus ideas y creencias en particular–, por muy distintos y distantes que estemos unos de otros. Dichas ideas se refieren en ambos casos a la construcción de una identidad colectiva, que es, como se sabe, el paso primero e imprescindible para construir un pensamiento político nacionalista. Tras dicho primer paso en común, en el caso de Gabriel García Márquez no se dio otro más allá, puesto que el de Aracataca no elaboró, con esa identidad previamente definida, un programa político y un movimiento que se organizara en torno al mismo para alcanzar el poder, como sí hizo Sabino Arana. No obstante, la construcción de la identidad que se deduce de las obras de García Márquez –en particular en su obra magna *Cien años de soledad*– ha servido para conferir una referencia de índole cultural, histórica y lindando incluso con lo político, a muchas personas del ámbito geográfico real identificado con el Macondo imaginario y por extensión con la provincia costera del Atlántico colombiano, el llamado Caribe colombiano, distante de la capital tanto geográfica como culturalmente.

La primera señal de lo que luego va a aparecer en la obra de Gabriel García Márquez como toda una construcción del concepto de identidad propia de un colectivo que genera la correspondiente exclusión de quienes son considerados ajenos al mismo, y que está en la base de cualquier nacionalismo que conozcamos, aparece en *La hojarasca*. Mario Vargas Llosa, en su antológico *García Márquez: historia de un deicidio*, y ya en la primera página de este riguroso ensayo, describiéndonos a la madre del escritor, nos da la pista de lo que se trata aquí: “Se llamaba Luisa Santiaga Márquez Iguarán y pertenecía al grupo de familias vecindadas en el lugar desde hacía ya muchos años, que miraban con disgusto la invasión de forasteros provocada por la fiebre bananera, esa marea humana para la que habían acuñado una fórmula despectiva: «la hojarasca»”¹⁰.

La hojarasca, siendo la primera novela de García Márquez –se publicó en 1955–, es la primera también en la que aparece el pueblo mítico de Macondo y la primera en la que su autor va a definir mediante un relato una identidad por rechazo de otra, en una empresa literaria que alcanzará su apoteosis en *Cien años de soledad*. La obra se abre desde el prefacio con un párrafo antológico del que destacamos aquí sus primeras frases.

¹⁰ Mario Vargas Llosa en *García Márquez: historia de un deicidio*, op.cit., p. 117.

En él aparecen todos los tópicos que ya conocíamos del nacionalismo vasco: la invasión extranjera, la baja condición de los inmigrantes, la amenaza de arrinconamiento sentida por los autóctonos y por supuesto el tren en el que llegan los advenedizos con su atadillo de ropa como único equipaje: “De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos; rastros de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil. La hojarasca era implacable. Todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario, olor de secreción a flor de piel y de recóndita muerte”¹¹.

Estamos, por tanto, ante una declaración de aversión al extraño típica de cualquier movimiento nacionalista desde su mismo origen, pero con la particularidad de que aquí son personas comunes y corrientes quienes la expresan, por vía del autor claro está, tamizadas por el genio del novelista, no como en el caso vasco, en la que los testimonios de aversión en su inicio los recogemos solo del primer ideólogo del nacionalismo vasco. El caso colombiano, en cambio, procede de personas normales, digamos así, que expresan su sentimiento sin pretensiones políticas, nada elaborado. Pero lo que sí hay en ambos casos es una misma actitud de aversión hacia el extraño, típica en las manifestaciones seminales de cualquier movimiento nacionalista, y que se enmarcan en esa expresión universal de rechazo instintivo, visceral, intuitivo al forastero.

El término “hojarasca” aparecerá en la novela del mismo nombre en unas cuantas ocasiones más, además de en ese prefacio que hemos reproducido, y siempre con el mismo contenido y en el mismo contexto. La primera de todas es la presentación del término, a cargo del coronel Aureliano Buendía y procedente del personaje del doctor: “Esa mañana oí la palabra por primera vez. Él la dijo: «Todo esto pasará cuando nos acostumbremos a la *hojarasca*»” (52).

Para la construcción de la identidad que se describe en *La hojarasca*, también las diversiones son distintas se trate de los advenedizos o de los nativos: “En Macondo había un salón de cine, había un gramófono público y otros lugares de diversión, pero mi padre y mi madrastra se oponían a que disfrutáramos de ellos las muchachas de mi

¹¹ De ahora en adelante, la página de la cita de *La hojarasca* irá entre paréntesis a continuación del texto citado y procederá de la edición de Barcelona, Seix Barral, 1985, que reúne además –tras *La hojarasca*– *Relato de un naufrago*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora* y *Cien años de soledad*. El texto que acabamos de reproducir está en dicha obra en p. 13.

edad. «Son diversiones para la hojarasca», decían” (54). Esto es exactamente igual que lo que propondrá Sabino Arana en relación con las diversiones para los maketos¹², diferenciadas de las de los nativos: “El día de San Antonio de Padua, en que tanta gente euskalduna y erdelduna, tantos euskerianos y extranjeros, tantos compatriotas más o menos maketófilos o maketizados, acuden a Durango y suben hasta Urkiola, celebrábase por la tarde, como de costumbre, la romería en la plaza de Ezkurdi, no ya a la usanza del país, sino predominando elemento maketil, con sus guitarras, bandurrias, organillos y fétidas coplas que le causan náuseas al más pintado, como no tenga encallecido el estómago”¹³.

El coronel Aureliano Buendía relaciona la hojarasca con el menosprecio y la disipación, en definitiva con la falta de valores y de sustancia moral: “Me acordé de Macondo, de la locura de su gente que quemaba billetes en las fiestas; de la hojarasca sin dirección que lo menospreciaba todo, que se revolcaba en su ciénaga de instintos y encontraba en la disipación el sabor apetecido” (67). Lo mismo que Arana con los maketos: “Ya hemos indicado, por otra parte, que el favorecer la irrupción de los maketos es fomentar la inmoralidad en nuestro país; porque si es cierto que las costumbres de nuestro Pueblo han degenerado notablemente en esta época, débese sin duda alguna a la espantosa invasión de los maketos, que traen consigo la blasfemia y la inmoralidad”¹⁴.

Pero hay una diferencia sensible entre el fenómeno inmigratorio de la hojarasca colombiana y el del caso vasco. Lo que describe García Márquez empieza y acaba con la hojarasca: “Para entonces, la compañía bananera había acabado de exprimarnos, y se había ido de Macondo con los desperdicios de los desperdicios que nos había traído. Y con ellos se había ido la hojarasca, los últimos rastros de lo que fue el próspero Macondo de 1915. Aquí quedaba una aldea arruinada, con cuatro almacenes pobres y oscuros; ocupada por gente cesante y rencorosa, a quien atormentaban el recuerdo de un pasado próspero y la amargura de un presente agobiado y estático” (77-78). O la misma idea más adelante: “Todo lo había traído la hojarasca y todo se lo había llevado” (85).

¹² Maketo es el término despectivo utilizado por el primer nacionalismo vasco para referirse a los inmigrantes procedentes de otras partes de España.

¹³ Este texto corresponde al artículo de Sabino Arana Goiri titulado “Escándalo”, que apareció en *Baserritarra*, nº 8, de 20 de junio de 1897. Este es un ejemplo de texto sabiniano no recogido en sus sedicentes Obras Completas. Se recoge en *Historia del Nacionalismo Vasco en sus Documentos*, Bilbao, Eguzki, 1991, tomo IV, p. 496.

¹⁴ En “¡Qué caridad!”, *Bizkaitarra*, nº 10, 24 de mayo de 1894, OC, t. I, p. 296.

En el caso vasco, en cambio, así como hubo un fin del ciclo minero y una crisis industrial que acabó con la época dorada de la cuenca vizcaína, la población inmigrada de finales del siglo XIX en buena parte se quedó, así como sus descendientes, a los que se sumaron posteriormente los que vinieron entre los cincuenta y setenta del siglo XX¹⁵, lo que acabará por conformar la actual sociedad mestiza del País Vasco, con implicaciones políticas que analizaremos más adelante.

De donde parece que procede esa definición de la hojarasca, anterior a su filtro novelístico, es de los abuelos de Gabriel García Márquez, los que cuidaron al autor en su infancia. En ellos la aversión hacia los extraños o advenedizos es por partida doble, bien sean los poderosos que invierten y gestionan la nueva actividad productiva que se sobrepone sobre el sistema antiguo y conocido, o bien sean los trabajadores que llegan al calor de la demanda de mano de obra. Todo empieza con la visión del tren, que es a finales del siglo XIX el símbolo por antonomasia de la industrialización, además de ser efectivamente la vía de llegada de los nuevos contingentes humanos a las zonas de desarrollo industrial.

La definición de “hojarasca” aparece también al inicio del libro-entrevista *El olor de la guayaba* y utilizando además frases del prefacio ya citado antes de *La hojarasca*. Y aquí parece ser que el testimonio clave, más que el de la madre del escritor que utilizó Vargas Llosa, es el de la abuela materna Tranquilina, con la que Gabriel García Márquez convivió sus primeros años: “Hacia 1910, cuando la United Fruit había erigido sus campamentos en el corazón de las sombreadas plantaciones de banano, el pueblo había conocido una era de esplendor y derroche. (...) Para doña Tranquilina, la abuela, cuya familia era una de las más antiguas del pueblo, «aquella tempestad de caras desconocidas, de toldos en la vía pública, de hombres cambiándose de ropa en la calle, de mujeres sentadas en los baúles con los paraguas abiertos, y de mulas y mulas abandonadas, muriéndose de hambre en la cuadra del hotel» representaba simplemente «la hojarasca», es decir, los desechos humanos que la riqueza bananera había depositado en Aracataca”¹⁶.

¹⁵ José Ignacio Ruiz de Olabuénaga y M^a Cristina Blanco: *La inmigración vasca: análisis trigeneracional de 150 años de inmigración*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1994.

¹⁶ Ambas citas proceden del libro de Gabriel García Márquez, *El olor de la guayaba: conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 3^a ed., 1993, consultado en Red y sin paginación. Los fragmentos, no obstante, proceden de las primeras páginas.

III. LOS GRINGOS Y LOS CACHACOS

Además de la hojarasca hay otros dos colectivos humanos que también se rechazan. El primero por orden de aparición será el de los norteamericanos: “A veces, enganchado a los otros, venía un vagón de vidrios azules enteramente refrigerado donde viajaban los altos empleados de la compañía bananera. Los hombres que bajaban de aquel vagón no tenían ni las ropas, ni el color mostaza, ni el aire soñoliento de las personas que uno cruzaba en las calles del pueblo. Eran rojos como camarones, rubios y fornidos, y se vestían como exploradores, con cascos de corcho y polainas, y sus mujeres, cuando las traían, parecían frágiles y como asombradas en sus ligeros trajes de muselina. «Norteamericanos», le explicaba su abuelo, el coronel, con una sombra de desdén, el mismo desdén que asumían las viejas familias del pueblo ante todos los advenedizos”¹⁷.

Estos norteamericanos advenedizos son llamados despectivamente “gringos”, como se hace en la mayor parte de Sudamérica. Y para continuar describiéndolos nos tenemos que adentrar ya en el contenido de *Cien años de soledad*, donde nos encontramos al coronel Aureliano Buendía: “—¡Un día de estos —gritó— voy a armar a mis muchachos para que acaben con estos gringos de mierda!”¹⁸. El propio coronel pondrá a los gringos en el origen mismo de todo el conflicto identitario desencadenado en Macondo cuando leemos esto: “—Miren la vaina que nos hemos buscado —solía decir entonces el coronel Aureliano Buendía—, no más por invitar un gringo a comer guineo” (523)¹⁹. A los gringos se les describe con morosidad y precisión en su apartamiento del resto del pueblo: viven en un “gigantesco gallinero” y han ocasionado “un trastorno colosal”, esa es su carta de presentación.

Pero aquí hay un matiz importante y es que dentro de la familia Buendía hay dos posturas respecto de los gringos y de los inmigrantes en general. Por un lado está la de Úrsula, que es la auténtica representante de la dinastía, y la de su biznieto Aureliano Segundo, que no ven con malos ojos que Meme se relacione con aquellos. Y por otro lado está Fernanda, que rechaza su contacto: “«Imagínate —le dijo a Meme— lo que va a pensar el coronel en su tumba». Estaba buscando, por supuesto, el apoyo de Úrsula.

¹⁷ Gabriel García Márquez, *El olor de la guayaba*, op.cit.

¹⁸ Como dijimos en la nota 10, las citas de *Cien años de soledad* (1967) serán también las extraídas de la misma edición que las de *La hojarasca*, esto es, Barcelona, Seix Barral, 1985, y sus páginas de referencia irán a continuación de la cita entre paréntesis. Esta primera es de la p. 531.

¹⁹ El guineo es una variedad de plátano procedente de África.

Pero la anciana ciega, al contrario de lo que todos esperaban, consideró que no había nada reprochable en que Meme asistiera a los bailes y cultivara amistad con las norteamericanas de su edad, siempre que conservara su firmeza de criterio y no se dejara convertir a la religión protestante” (555).

Este es un hecho muy significativo, porque Úrsula representa la auténtica identidad de la estirpe Buendía y ella sí ve bien que los de la familia alternen con los gringos. Lo cual nos sitúa en un contexto mucho más parecido al que tenemos en Euskadi de lo que podríamos imaginar a priori. Y es que, en efecto, para los autóctonos vascos, representados por su ideólogo Sabino Arana, los extranjeros no españoles (situándonos en la mentalidad nacionalista vasca, para la que los españoles son también extranjeros) no son aborrecibles, como en cambio sí lo son el resto de los españoles. Y es posible e incluso deseable interactuar con aquellos. Y buscar su ayuda, como hacen los dirigentes nacionalistas vascos en momentos críticos de la historia de su partido, tanto mirando hacia Irlanda e Inglaterra o hacia Estados Unidos.

En la doble postura de los Buendía hacia los gringos, hemos distinguido por una parte la postura oficial, digamos así, procedente de Úrsula y de Aureliano Segundo, que admiten el contacto con ellos, y la de Fernanda o también la del coronel Aureliano Buendía, que los rechazan acerbamente como hemos visto. Pero es que Fernanda además era una cachaca²⁰ y aquí se introduce una nueva distinción –la tercera y última– que servirá para acotar más aún la identidad de los Buendía que Gabriel García Márquez construye en su obra. El término también lo recoge Mario Vargas Llosa, citando distintas fuentes y testimonios del colombiano, siempre en el mismo sentido de aversión y rechazo: “Los cachacos son gente oscura; y me asfixio en la atmósfera que se respira en la ciudad, pese a que luego tuve que vivir varios años en ella”²¹. También en esto se parecen el escritor colombiano y el ideólogo vasco: en su rechazo a la ciudad²².

²⁰ “El cachaco era la expresión del letrado, del hispanismo, de lo católico y blanco, con cualidades que iban desde el dominio del castellano, el refinamiento cultural, el buen vestir, el acatamiento moral y de las normas. En ese sentido, el cachaco no solo era un sujeto social que estaba por encima de las clases populares bogotanas, de los guaches, sino también sobre otros sujetos que expresaban distintas identidades regionales, los genéricamente llamados calentanos o provincianos.” En Alexander Pereira Fernández, “Cachacos y guaches: la *plebe* en los festejos bogotanos del 20 de julio de 1910”, en *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol., 38-1, 2011, pp. 79-108, la cita en la p. 82.

²¹ Mario Vargas Llosa, *García Márquez: historia de un deicidio*, op.cit., p. 132.

²² Pedro José Chacón Delgado, “Sabino Arana Goiri odiaba Bilbao”, en *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 42, 2014, pp. 99-114.

Los cachacos son, por tanto, el sector social privilegiado de Colombia, los capitalinos bogoteños, a los que se distingue respecto de la periferia menesterosa y provinciana. Y esta distinción nos interesa mucho porque los cachacos, al igual que la hojarasca, y a diferencia de los gringos, no tienen remisión posible para la estirpe Buendía. Cachacos y hojarasca son las dos caras aborrecibles de una misma aversión identitaria, de la que en cierto modo escapan los gringos. Cachacos y hojarasca son también las dos versiones de los españoles de Sabino Arana, los primeros son los capitalistas, los segundos los trabajadores: “Con esa invasión maketa, gran parte de la cual ha venido a nuestro suelo por vuestro apoyo, para explotar vuestras minas y serviros en los talleres y en el comercio, estáis pervirtiendo la sociedad bizkaina, pues cometa es ése que no arrastra consigo más que inmundicia y no presagia más que calamidades: la impiedad, todo género de inmoralidad, la blasfemia, el crimen, el librepensamiento, la incredulidad, el socialismo, el anarquismo... todo ello es obra suya. Pero esto no les basta a los capitalistas bizkainos: están corrompiendo el alma del bizkaino, y les es preciso también abandonar su cuerpo a la miseria y al hambre, para sustentar al extraño”²³.

En cambio, a partir de 1898, se produce una inflexión en la obra del fundador del nacionalismo vasco, inflexión que se explica gracias al apoyo del industrial y naviero Ramón de la Sota y Llano y de todos sus seguidores de la sociedad “Euskalerría” de Bilbao, los llamados *euskalerriacos*: personas con nivel económico y social alto y a las que no les preocupa tener o no origen vasco. Arana a partir de este momento va a bascular respecto de su anterior crítica a la industrialización porque ya se había convencido de que sin apoyo económico y logístico su proyecto político no tendría futuro. Suaviza así su animadversión hacia los capitalistas y acepta la protección de un Ramón de la Sota a quien había fustigado sin piedad anteriormente, sobre todo en las páginas del periódico *Baserritarra*.

El cachaco, o sea el adinerado capitalino con ínfulas de nobleza, se introduce en la familia Buendía por vía del matrimonio de Aureliano Segundo con Fernanda y es Fernanda quien asume como propio, a partir de entonces, el rechazo y exclusión de la hojarasca. Es como si el autor quisiera librar a los auténticos Buendía de ese baldón, a pesar de que son la madre y la abuela del propio autor en la vida real —como hemos

²³ Sabino Arana Goiri: “¡Caridad!”, en *Bizkaitarra*, nº 19, 20 enero 1895, OC, t.I, p. 441.

visto al principio— las que mejor nos han testimoniado el rechazo que sentían por la hojarasca y todo lo que representaba. Fernanda explica cómo le atribuyen los Buendía a ella esta condición de cachaca y represora de la hojarasca: “...no había podido soportar más cuando el malvado de José Arcadio Segundo dijo que la perdición de la familia había sido abrirle las puertas a una cachaca, imagínese, una cachaca mandona, válgame Dios, una cachaca hija de la mala saliva, de la misma índole de los cachacos que mandó el gobierno a matar trabajadores, dígame usted, y se refería a nadie menos que a ella, la ahijada del Duque de Alba, una dama con tanta alcurnia que le revolvió el hígado a las esposas de los presidentes, una fijodalga de sangre como ella que tenía derecho a firmar con once apellidos peninsulares, y que era el único mortal en ese pueblo de bastardos...” (589).

Tenemos por tanto una identidad atlántica o caribeña en Colombia definida por sus límites que son la hojarasca por abajo y los cachacos y los gringos por arriba. Esto es algo más sofisticado que en el caso de Sabino Arana pero en sustancia viene a ser lo mismo. Arana distingue también entre extranjeros y españoles, como hemos visto. A estos últimos les reserva el calificativo despectivo de *maketos*, sin distinción entre ellos en función de su clase social, al menos al principio: “Y no me refiero a una clase determinada de *maketos*, sino a todas en general: todos los *maketos*, aristócratas y plebeyos, burgueses y proletarios, sabios e ignorantes, buenos y malos, todos son enemigos de nuestra Patria, más o menos francos, pero siempre encarnizados. Y entiéndase que no los aborrecemos porque sí. Si el español se estuviese quedado en su tierra, no tendríamos por qué quererle mal”²⁴. Aunque a partir de 1898, como hemos dicho, va a suavizar todo esto, casi con toda seguridad por influencia de Ramón de la Sota —su sostén económico—, hasta el punto de que no va a salir ya jamás —salvo en alguna ocasión muy puntual, marginal y aislada— el término *maketo* en su producción escrita.

IV. DEFINICIONES IDENTITARIAS EN *CIEN AÑOS DE SOLEDAD*

Los límites de la identidad que define García Márquez en *Cien años de soledad*, y que ya vimos aparecer en *La hojarasca*, quedan definidos así por tres elementos: la

²⁴ Sabino Arana Goiri: “Nuestros moros”, en *Bizkaitarra*, nº 4, 17-12-1893, en OC, t. I, p. 196.

hojarasca desarrapada, los cachacos capitalinos y los gringos norteamericanos, en sus distintos niveles, desde técnico a gerente. Respecto de los tres el autor realiza una operación típica de rescate o definición identitaria, poniendo como contrapunto de todos ellos a la estirpe de los Buendía, que representaría la identidad a defender en un territorio concreto: Macondo. El autor va a cargar las tintas sobre todo en el primer tipo, el que conforma la hojarasca, pero así como a los cachacos, en las pocas ocasiones que se refiere a ellos, les llama así, cachacos, lo mismo que a los gringos gringos, en cambio cuando se tiene que referir al concepto de la hojarasca, dicho término no va a aparecer ni una sola vez en la obra cumbre de García Márquez, después de aparecer varias veces en su primera novela *La hojarasca*. En *Cien años de soledad* se utilizarán, en cambio, una serie de genéricos como invasores, advenedizos, extranjeros y, sobre todo, forasteros.

Vamos a ir entresacando del texto capital de García Márquez aquellas ocasiones en que dichos términos aparecen definidos junto con los adjetivos o expresiones que les acompañan. Empezamos por “invasor” y “extranjero”, que aparecen unidos: “el coronel Aureliano Buendía lo invitó a promover una conflagración mortal que arrasara con todo vestigio de un régimen de corrupción y de escándalo sostenido por el invasor extranjero” (534). El sustantivo “invasión” también da mucho juego en la obra para definir la hojarasca, sin nombrarla: “Fue una invasión tan tumultuosa e intempestiva, que en los primeros tiempos fue imposible caminar por la calle (...) y el escándalo de las parejas que colgaban sus hamacas entre los almendros y hacían el amor bajo los toldos, a pleno día y a la vista de todo el mundo” (523). También se habla a continuación de “la invasión de la plebe” (524).

El término “advenedizo”, en cambio, aparecerá en más ocasiones, concretamente en cuatro: “ellos [los Buendía] no habían fundado un pueblo para que el primer advenedizo [el corregidor Apolinar Moscote] les fuera a decir lo que debían hacer” (401); “Los antiguos habitantes de Macondo se encontraban arrinconados por los advenedizos” (540); “las hordas de advenedizos que se fugaron de Macondo tan atolondrados como habían llegado” (594); “la naturaleza bestial de los advenedizos” (619). Vemos cómo los términos invasor, extranjero y advenedizo van asociados a otros nada benevolentes como: corrupción, escándalo, hordas y naturaleza bestial.

Pero es el término “forastero” el que se lleva la palma de su utilización por el autor para referirse despectivamente a la hojarasca y es el que a la postre va a resultar, a mi juicio, clave para entender todo el desarrollo de la novela y de lo que García Márquez quiere encerrar en ella: “el pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera con techos de zinc, poblado por forasteros que llegaban de medio mundo en el tren, no solo en los asientos y plataformas sino hasta en el techo de los vagones” (522).

Y es que alrededor de dicho concepto de “forastero” se establecerá una disputa entre dos corrientes dentro de la familia Buendía, como ya hemos visto anteriormente a propósito de la definición de gringo. En efecto, por un lado está Fernanda del Carpio, casada con Aureliano Segundo, ella misma forastera en Macondo, por cachaca, y por otro lado está el propio Aureliano Segundo y la matriarca del clan, Úrsula, partidarios ambos de recibir a los forasteros, porque tienen la intuición o la certeza de que su presencia es beneficiosa para ellos mismos y para toda la comunidad. Veamos ahora los términos de la disputa precisamente en la aparición del término “forastero”. En el caso de Fernanda: “Su severidad hizo de la casa un reducto de costumbres revenidas, en un pueblo convulsionado por la vulgaridad con que los forasteros despilfarraban sus fáciles fortunas. Para ella, sin más vueltas, la gente de bien era la que no tenía nada que ver con la compañía bananera; [...] —Que no vuelva a pisar [se refiere a su cuñado José Arcadio Segundo] este hogar —dijo Fernanda—, mientras tenga la sarna de los forasteros” (540). Lo cual, esto último, es contradictorio con el hecho de que su propio marido, Aureliano Segundo, es el mayor partidario de recibir a los forasteros en la casa: “Aureliano Segundo, en cambio, no cabía de contento con la avalancha de forasteros. La casa se llenó de pronto de huéspedes desconocidos, de invencibles parranderos mundiales” (523). Y por último, la postura de Úrsula, que asocia al carácter de los forasteros la rebeldía que ella necesitaría para liberarse por un momento de la responsabilidad que la oprime al verse como la única capaz de poner un poco de orden en el destino de la estirpe de los Buendía: “y preguntando y preguntando iba atizando su propia ofuscación, y sentía unos irreprimibles deseos de soltarse a despotricar como un forastero, y de permitirse por fin un instante de rebeldía” (539); y su postura respecto de los forasteros, que estaría en sintonía con la de Aureliano Segundo: “que vengan los forasteros a tender sus petates en los rincones y a orinarse en los rosales, que se sienten a la mesa a comer cuantas veces quieran, y que eructen y despotriquen y lo embarren

todo con sus botas, y que hagan con nosotros lo que les dé la gana, porque esa es la única manera de espantar la ruina” (599). Pero lo significativo es comprobar que a pesar de que tanto Aureliano Segundo como Úrsula son partidarios de recibir a los forasteros, no se privan, en cambio, de definirlos por sus atributos denigratorios. Su concepto hacia ellos no ha cambiado, por mucho que su actitud no sea la del rechazo sino la de una aceptación un tanto resignada, rayando en el masoquismo. Así, cuando hablan de ellos los siguen asociando con términos como: avalancha, parranderos, despotricar, eructar, orinar en los rosales, en definitiva, actuar sin normas ni civilización.

Esta disputa entre quienes aceptan y quienes rechazan el contacto con los invasores también aparece en Sabino Arana e incluso concibe un término para denominar despectivamente a quienes hacen migas con los advenedizos: les llama “maketófilos”²⁵. Dentro del propio nacionalismo vasco, y a partir sobre todo de la incorporación de la corriente de los llamados *euskalerriacos*, de 1898 en adelante, como ya vimos antes, también se dirimió una disputa en este sentido, entre quienes rechazaban categóricamente el contacto con los maketos y quienes proponían su aceptación bajo diferentes condiciones²⁶.

En *Cien años de soledad*, de esta disputa alrededor de los forasteros saldrá victoriosa Fernanda y con ella quedará sentenciado el destino de los Buendía. En efecto, ella será quien instigue el castigo para Mauricio Babilonia, el pretendiente de Meme: “A Fernanda, sin embargo, le bastó el verlo una vez para intuir su condición de menestral. Se dio cuenta de que llevaba puesta su única muda de los domingos, y que debajo de la camisa tenía la piel carcomida por la sarna de la compañía bananera. No le permitió hablar. No le permitió siquiera pasar de la puerta que un momento después tuvo que cerrar porque la casa estaba llena de mariposas amarillas. —Lárguese —le dijo—. Nada tiene que venir a buscar entre la gente decente” (562). Fernanda es también, como ya vimos antes, la cachaca a quien José Arcadio Segundo atribuirá la represión de las movilizaciones campesinas. Pero, como ya está asimismo dicho, una de las grandes paradojas dentro de todo este cúmulo de paradojas en que consiste la relación de los Buendía con los forasteros, es que Aureliano Segundo es, al mismo tiempo, por un lado

²⁵ La utilización del término es abundante en la obra del fundador del nacionalismo vasco. Como muestra baste que incluso lo utilizó para titular más de un artículo, como el llamado “Un fino maketófilo”, cuya publicación le acarrió incluso problemas con la justicia por la denuncia del aludido. En *Bizkaitarra*, nº 14, 31 agosto 1894, OC, t. I, p. 354.

²⁶ Sobre todo este proceso se puede consultar de Javier Corcuera: *La patria de los vascos*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 493 y ss.

el mayor defensor de que entren en la casa los forasteros y por otro el que se casó y trajo a la casa de los Buendía a la mayor enemiga y represora de los forasteros, como es Fernanda.

V. LA SOLEDAD COMO IDENTIDAD

Una vez vistos los límites, o “los otros” que quedan fuera de la identidad central de los Buendía, pasamos a abordar el análisis de dicha identidad en positivo, es decir con aquellos rasgos que les confiere a los personajes el propio autor, del mismo modo que Sabino Arana adornaba a los vascos nativos de todas las virtudes de las que, según él, carecían los maketos. Antes, no obstante, solo un apunte sobre un trabajo²⁷ de los que hemos analizado dentro de la inmensa bibliografía crítica de García Márquez, donde sí se da cuenta de la construcción de una identidad que se lleva a cabo en *Cien años de soledad*, desde el punto de vista de la génesis nacional, pero donde solo se fija su autora, a diferencia de lo que nosotros hacemos aquí, en tres personajes de la trama, uno mayor, como es Rebeca, y dos menores, como son los indios guajiros Visitación y Cataure. En dichos personajes se analiza la exclusión a la que la identidad dominante somete todo lo que le rodea. Pero lo que sorprende mucho es que ese recuento de exclusiones se reduzca al interior de la propia familia Buendía y no tenga en cuenta a todos los excluidos ajenos a la misma, ni que los mencione siquiera, y que son todos los que hemos desplegado en este trabajo.

A la hora de definir esa identidad de referencia, para la que se escribe *Cien años de soledad*, nos fijamos en el concepto de “fundadores”, que delimita a la perfección el núcleo de lo que estamos considerando. El concepto se utiliza desde el principio como signo de distinción y de pertenencia a un club cerrado. La primera mención es esta: “Los fundadores de Macondo, resueltos a expulsar a los invasores, fueron con sus hijos mayores a ponerse a disposición de José Arcadio Buendía” (401). Por la forma que adopta la frase parece que estamos ante un ejército invasor, cuando a quien pretendían expulsar en este caso era solamente al corregidor Apolinar Moscote y su familia. Tenemos hasta la explicación de quienes conforman ese concepto de “fundadores”:

²⁷ Nos referimos al artículo “Los olvidados en *Cien años de soledad*”, de Elisabeth Montes Garcés, en *Estudios de Literatura Colombiana*, nº 10, 2002, pp. 59-68.

“Úrsula hizo una lista severa de los invitados, en la cual los únicos escogidos fueron los descendientes de los fundadores, salvo la familia de Pilar Ternera, que ya había tenido otros dos hijos de padres desconocidos. Era en realidad una selección de clase, solo que determinada por sentimientos de amistad, pues los favorecidos no solo eran los más antiguos allegados a la casa de José Arcadio Buendía desde antes de emprender el éxodo que culminó con la fundación de Macondo, sino que sus hijos y nietos eran los compañeros habituales de Aureliano y Arcadio desde la infancia, y sus hijas eran las únicas que visitaban la casa para bordar con Rebeca y Amaranta” (404). Le sigue esta otra: “La casa se abrió, todavía olorosa a resinas y a cal húmeda, y los hijos y nietos de los fundadores conocieron el corredor de los helechos y las begonias, los aposentos silenciosos, el jardín saturado por la fragancia de las rosas, y se reunieron en la sala de visita” (405). Para terminar con esta: “paseaba por el pueblo con sus amigos más próximos, Magnífico Visbal y Gerineldo Márquez –hijos de los fundadores de iguales nombres–” (406).

Y otras dos apelaciones, en otros lugares del libro distantes de los anteriores y donde aparece también el concepto de “fundadores”. Una es la del complot para asesinar a los conservadores, cuando no se fían de Aureliano por su estrecha relación con su suegro, el corregidor Apolinar Moscote: “Don Apolinar Moscote se burló de su fe en la homeopatía, pero quienes estaban en el complot reconocieron en él a uno más de los suyos. Casi todos los hijos de los fundadores estaban implicados...” (432). Y otra es cuando interceden por el general Moncada para que no fuera fusilado: “Úrsula no solo lo hizo, sino que llevó a declarar a todas las madres de los oficiales revolucionarios que vivían en Macondo. Una por una, las viejas fundadoras del pueblo, varias de las cuales habían participado en la temeraria travesía de la sierra, exaltaron las virtudes del general Moncada” (474).

No son muchos los rasgos específicos que se atribuyen a los fundadores y a sus hijos en relación con quienes no lo son, sean hojarasca, cachacos o gringos. Ni siquiera el idioma puede serlo, porque salvo los gringos, que se supone que también aprenden la lengua para relacionarse aunque sea mínimamente con los autóctonos, todos los demás hablan castellano, aunque a veces con incrustaciones de lengua india. Úrsula, por ejemplo, veía como una locura o extravagancia espantosa que los niños de la familia hablaran la lengua guajira: “Sus exageraciones eran apenas comparables a las de Arcadio y Amaranta, que ya habían empezado a mudar los dientes y todavía andaban

agarrados todo el día a las mantas de los indios, tercos en su decisión de no hablar el castellano, sino la lengua guajira. «No tienes de qué quejarte», le decía Úrsula a su marido. «Los hijos heredan las locuras de sus padres». Y mientras se lamentaba de su mala suerte, convencida de que las extravagancias de sus hijos eran algo tan espantoso como una cola de cerdo...” (389).

Pero a falta de rasgos definidores en positivo, cobra su importancia la consideración en la que se les tiene a los Buendía entre los habitantes de Macondo. Por ejemplo, cuando un capitán se atreve contra Aureliano José: “«Cuidado, capitán», le advirtió Aureliano José. «Todavía no ha nacido el hombre que me ponga las manos encima». El capitán intentó catearlo por la fuerza, y Aureliano José, que andaba desarmado, se echó a correr. Los soldados desobedecieron la orden de disparar. «Es un Buendía», explicó uno de ellos” (470-471). El capitán que le disparó a Aureliano José se llamaba Aquiles Ricardo y terminó muy mal: “A las doce, cuando Aureliano José acabó de desangrarse y Carmelita Montiel encontró en blanco los naipes de su porvenir, más de cuatrocientos hombres habían desfilado frente al teatro y habían descargado sus revólveres contra el cadáver abandonado del capitán Aquiles Ricardo. Se necesitó una patrulla para poner en una carretilla el cuerpo apelmazado de plomo, que se desbarataba como un pan ensopado” (471).

En el caso de Sabino Arana, su definición de los nativos vascos para diferenciarlos de los inmigrantes maketos, es mucho más explícita y material. Se basa en la raza, concepto que era usual en el último cuarto del siglo XIX en toda Europa, apoyado en el positivismo y sobre todo en el evolucionismo de entonces²⁸. Y también, como correlato de este, a la vez que vehículo por el que se transmite la raza de generación en generación, está el tema de la sangre²⁹, nexo de unión de la estirpe, que en *Cien años de soledad* encontramos definida en sentido negativo, por quien no tiene la sangre de los Buendía y, en cambio, la debería haber tenido, para insuflarle a aquellos las cualidades de que carecen: “Fue por esa época que Úrsula empezó a nombrar a Rebeca, (...) la que no llevó en las venas sangre de sus venas sino la sangre desconocida de los desconocidos cuyos huesos seguían cloqueando en la tumba, Rebeca, la del

²⁸ Pedro José Chacón Delgado: “La raza en Marcelino Menéndez Pelayo”, en *Letras de Deusto*, nº 132, 2011, pp. 95-128.

²⁹ Pedro José Chacón Delgado: “La metáfora de la limpieza de sangre en el origen del nacionalismo vasco”, en Pablo Sánchez León y François Godicheau, *Palabras que atan: metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*, Madrid, FCE, 2015, pp. 245-272.

corazón impaciente, la del vientre desaforado, era la única que tuvo la valentía sin frenos que Úrsula había deseado para su estirpe” (538).

Cabe en este momento una importante matización en cuanto al tema de la raza en Sabino Arana Goiri. Para el fundador del nacionalismo vasco, la raza se concretaba en poseer apellidos euskéricos, frente a los castellanos propios de los maketos. Ante la evidente ausencia de distinto color de piel, color o textura del pelo o complejión corporal característica entre autóctonos y sobrevenidos, Arana se fijaba en el vestir, en los andares, en la manera de hablar, en las costumbres y sobre todo en los apellidos, cuestiones todas ellas de índole sociológica o histórica pero no natural o biológica. No obstante, él no lo veía así: la raza vasca, transmitida por la sangre, tenía un reflejo automático e indiscutible en los apellidos euskéricos, por lo que vetó la entrada en su partido, mientras él vivió, a quien no los poseyera. Podríamos decir que el concepto de “fundadores” visto en García Márquez tiene su correlato en los vascos de apellidos euskéricos de Arana Goiri. Este tema del apellidismo, fijado en la doctrina política por Sabino Arana, sigue hoy en plena vigencia³⁰. De modo que una minoría que posee los dos primeros apellidos euskéricos y que no llega al 20% de la población total, copa los cargos más significativos del país, empezando por el de lehendakari y seguido por una larga lista de parlamentarios autonómicos, diputados forales y alcaldes –todos con sus dos primeros apellidos euskéricos– completamente desproporcionada en relación al total de población que no tiene dichos dos primeros apellidos euskéricos (50%) o que solo posee uno de los dos primeros (30%)³¹.

Pero cuando más claramente se manifiesta el signo distintivo de la identidad en positivo, es decir sin el recurso a los excluidos, para referirnos a la estirpe de los Buendía, y en el que García Márquez alcanza evocaciones de alto lirismo, en consonancia con las mejores páginas, a mi juicio, de esta deslumbrante por tantos motivos *Cien años de soledad*, sucede al conferir a la identidad de los Buendía una expresión, un carácter y aun una sustancia marcadas por algo tan etéreo e inasible como es la soledad, una soledad que va apareciendo cada vez de modo más intenso para alcanzar el clímax a medida que llega el final de la novela, final tan conocido por todos que no hace falta repetirlo de nuevo aquí. Este de la soledad, siendo como es el tema y

³⁰ Manuel Montero, “Etnicidad e identidad en el nacionalismo vasco”, *Sancho el Sabio*, nº 38, 2015, pp. 137-167.

³¹ Estos porcentajes proceden del clásico estudio de José Aranda Aznar: “La mezcla del pueblo vasco”, *Empiria* (UNED), nº 1, 1998, pp. 121-177.

recurso por antonomasia del autor, en consonancia con el título mismo de su obra mayor, nos va a llevar también a la conclusión de este trabajo. Así, los hijos del coronel Aureliano Buendía tenían todos “un aire de soledad que no permitía poner en duda el parentesco” (468). Y el propio coronel también: “el coronel Aureliano Buendía rasguñó durante muchas horas, tratando de romperla, la dura cáscara de su soledad” (482). “Amaranta se encerró en el dormitorio a llorar su soledad hasta la muerte” (477). De Aureliano José y Pilar Ternera se dice: “Eran, más que madre e hijo, cómplices en la soledad” (470). Aureliano Segundo y Petra Cotes “se lamentaban de cuánta vida les había costado encontrar el paraíso de la soledad compartida” (601). En cambio, “Aureliano y Fernanda no compartieron la soledad, sino que siguieron viviendo cada uno en la suya” (616). De Meme se dice que “Estaba tan segura de sí misma, tan aferrada a su soledad...” (566). Respecto del último José Arcadio y Aureliano Babilonia: “Aquel acercamiento entre dos solitarios de la misma sangre estaba muy lejos de la amistad, pero les permitió a ambos sobrellevar mejor la insondable soledad que al mismo tiempo los separaba y los unía” (626). Y, por último, Aureliano Babilonia y Amaranta Úrsula estaban “recluidos por la soledad y el amor y por la soledad del amor” (648).

Pero quizás con el adjetivo “solitario” se añaden más quilates a esta importancia fundamental de la soledad en la construcción de la identidad de los Buendía. Así, de Aureliano se dice que era “un sentimental sin porvenir, con un carácter pasivo y una definida vocación solitaria” (432). Por su parte, Aureliano Segundo y José Arcadio Segundo “lo único que conservaron en común fue el aire solitario de la familia” (492). Hubo un momento en que “al contrario de todos, Meme no revelaba todavía el sino solitario de la familia” (545). Y, para terminar, la identidad de Aureliano Babilonia se revela así: “Fue por esos días que en un descuido de Fernanda apareció en el corredor el pequeño Aureliano, y su abuelo conoció el secreto de su identidad. Le cortó el pelo, lo vistió, le enseñó a perderle el miedo a la gente, y muy pronto se vio que era un legítimo Aureliano Buendía, con sus pómulos altos, su mirada de asombro y su aire solitario” (585).

Algo tan inaprensible y deletéreo como la soledad es el rasgo distintivo de los Buendía para García Márquez. Lo cual prueba lo difícil que resulta designar un rasgo claro y contundente que nos distinga como grupo de los demás. Sabino Arana también lo intentó con el tema de la religiosidad. Para él los vascos estaban más capacitados que

los demás –y por los demás solo podía considerar a sus únicos enemigos íntimos: el resto de los españoles– para alcanzar la salvación religiosa como católicos³². Si reparamos en que los españoles han sido considerados en todo el mundo como los mayores defensores de la fe católica en toda su historia, hasta el punto de construir todo un imperio al servicio de este ideal, se comprenderá mejor lo inverosímil de la propuesta sabiniana.

La propuesta de García Márquez es también la de que necesitamos de la identidad para reconocernos a nosotros mismos y para que se nos reconozca al mismo tiempo. Pero es que la identidad, para definirse, para concretarse, para marcar sus límites, para elegir sus adversarios, sus contrapartes, sus excluidos, e independientemente de los argumentos –más o menos inventados, más o menos socorridos– a los que se recurra para ello, necesita de la soledad y al mismo tiempo está abocada sin remisión a quedar en soledad, a consumirse en sí misma, víctima de la autofagia, del incesto, del solipsismo. Identidad y soledad, en definitiva, van de la mano. Para reconocernos a nosotros mismos, tanto de modo individual como colectivo, necesitamos de la soledad y desde ese momento ya no podemos salir de ella. Y eso es lo fundamental, a mi juicio, que nos queda de *Cien años de soledad*. Todos necesitamos reconocernos a nosotros mismos y que nos reconozcan también los demás, pero en esa necesidad, tanto en la chispa que la enciende como en su consumación o autorrealización, nos encontramos de cara con nuestra propia soledad, una soledad en la que nos iremos consumiendo y que acabará por destruirnos sin remedio.

VI. IDENTIDAD CULTURAL E IDEOLOGÍA POLÍTICA

Y siendo esta la lógica de raíz identitaria que rige los destinos de la familia Buendía y por tanto de la propia novela, todo lo que se salga de ahí queda, a nuestro juicio, sin apoyatura argumental, convertido en pura anécdota, en fuegos artificiales que quieren salvar una cierta idea de la izquierda y del progresismo que no se sostiene ni se fundamenta en ningún pasaje de la novela que estamos analizando. Es lo que pasa con la

³² Ese es precisamente el argumento principal del que muchos consideran principal artículo ideológico de Sabino Arana Goiri: “Efectos de la invasión”, en *Baserritarra*, nº 11, 11 de julio de 1897, en OC, t. II, pp. 1326-1337.

ideología liberal del coronel Aureliano Buendía, que le lleva a emprender no sé cuantas guerras civiles para nada, bueno, en realidad para dejar por el camino infinidad de muertos, fusilados, ajusticiados sin más razón que una previa e inopinada elección ideológica. Y lo mismo ocurre con la tan mitificada matanza de campesinos de las bananeras, a manos del ejército enviado a partes iguales por los gringos explotadores y sus cómplices los cachacos. Cómo entender, dentro de la novela, un acontecimiento en el que los que son masacrados son los mismos a los que durante todas las páginas precedentes se les considera, en su inmensa mayoría, como desperdicios, advenedizos, intrusos, invasores, avalancha, cuando no directamente hordas, sarna, bestias, que eructan, lo embarran todo con sus botas, despotrican y se orinan en los rosales.

En este asunto, y con esto terminamos este trabajo, tenemos una posición inicialmente contrapuesta entre Gabriel García Márquez y Sabino Arana pero que, con el tiempo, acaba también equiparándose. Siendo ambos artífices de una identidad, con todo lo que eso significa y que hemos visto en páginas precedentes, tenemos que por un lado el colombiano mostrará una querencia de sus personajes hacia posiciones de izquierdas, mientras que para Sabino Arana todos los invasores son peligrosos precisamente por ser de ese cariz ideológico, el que hoy denominamos de izquierdas. Para el caso de García Márquez ya lo he adelantado en el párrafo anterior. Cuando coloca ideológicamente al coronel Aureliano Buendía en el bando de los liberales, lo hace por razones, cuando menos, poco ideologizadas: “—Si hay que ser algo, sería liberal —dijo—, porque los conservadores son unos tramposos” (430). O más explícitamente, en el famoso episodio de la matanza de los campesinos de las explotaciones bananeras, del que aquí interesa señalar, más que el acontecimiento histórico en sí —para el que se discuten las cifras, desde las tres mil que aparecen en la novela a otras mucho más bajas que se dan por parte de quienes han investigado el suceso³³—, lo que importa señalar es que si colocamos el episodio en el planteamiento de identidades en disputa, la matanza de campesinos es, en el fondo, la eliminación de la molesta y repudiada hojarasca. Una matanza de la que los Buendía quedan al margen, sin protagonismo, sin reproche, eximidos de culpa, salvo por el caso de Fernanda, reprochándole su condición de cachaca, o, por el lado opuesto, participando junto con los reprimidos, como hace José Arcadio Segundo, que antes había sido capataz en las

³³ Eduardo Posada Carbó: “La novela como historia: *Cien años de soledad* y las bananeras”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 35, nº 48, 1998, pp. 3-19.

bananeras pero que, para cuando llega el momento de la manifestación, ha dejado ya ese puesto y participa muy activamente en la misma y además es el único superviviente. El autor, que desde el principio está calificando a la muchedumbre de trabajadores venidos con las bananeras como de invasión, hojarasca que todo lo ensucia, lo revuelve, lo desordena y lo mixtifica y para la que no hay remisión posible, resulta que utiliza la masacre para construir todo un alegato de denuncia y de condena de las bananeras y de los cachacos, por medio de un relato en el que se mezclan sucesos reales con otros legendarios, pasados por la exageración rabelesiana que impregna todo el libro.

En el caso de Sabino Arana Goiri, en cambio, quienes vienen de fuera a estropear la supuesta Arcadia feliz en que consistía la tierra vasca y sus primigenios habitantes son todos de condición genérica izquierdista y con el añadido, perfectamente coherente con la ideología sabiniana, de los monárquicos: “Contad y examinad a los maketos que invaden el territorio bizkaino: el noventa por ciento son con seguridad liberales; de esos noventa, unos sesenta serán antes de un mes republicanos; los demás, o monárquicos o socialistas, o anarquistas”³⁴. Razón de más para que a las obras del fundador del nacionalismo vasco, como decíamos al principio, no se les dé hoy por hoy ninguna difusión por parte de la fundación que lleva su nombre. En el gozne histórico que fue para el nacionalismo vasco la Segunda República española, sobre todo a partir del pacto con los socialistas para elaborar el primer Estatuto vasco³⁵, José Antonio Aguirre, el primer lehendakari, hizo virar al PNV de una posición inequívoca de derechas a una especie de posibilismo socialdemócrata en el que está instalado hoy y que explica su arreglo permanente con las izquierdas españolas. Y para acabar de entender el predominio actual del nacionalismo en Euskadi, a ese corrimiento ideológico hay que sumarle –porque si no a ningún analista electoral le saldrían las cuentas– la adhesión explícita o implícita de una gran parte de la inmigración vasca – que se constituiría así en una suerte de “hojarasca vasca”–, que en este caso, y a diferencia del colombiano, no se marchó tal como vino, sino que se quedó en buena parte en la nueva tierra de acogida, aunque, eso sí, refugiada en el anonimato o, como diría el gran García Márquez, en la soledad.

³⁴ “La ceguera de los bizkainos”, en *Bizkaitarra*, nº 15, 30 de septiembre de 1894, OC, t. I, p. 368.

³⁵ Pedro José Chacón Delgado, “El mito democrático y pluralista del Estatuto vasco de 1936”, en *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 52, 2016, pp. 95-117.

BIBLIOGRAFÍA:

- ARANA GOIRI, Sabino: *Obras Completas de Sabino Arana Goiri*, San Sebastián, Senda, 1980, 3 vols.
- ARANDA AZNAR, José: “La mezcla del pueblo vasco”, *Empiria* (UNED), nº 1, 1998, pp. 121-177
- CHACÓN DELGADO, Pedro José: *La identidad maketa*, Donostia, Hiria, 2006
- CHACÓN DELGADO, Pedro José: “El pensamiento político de Sabino Arana Goiri: sobre falsos seudónimos y atribuciones erróneas”, en *Letras de Deusto*, nº 129, 2010, pp. 77-118.
- CHACÓN DELGADO, Pedro José: “El origen del nacionalismo vasco como antimaketismo: hipótesis de trabajo para una historia de las identidades en el País Vasco contemporáneo”, en *Inguruak*, monográfico especial: Sociedad e innovación en el siglo XXI, Bilbao, 2010, pp. 118-131.
- CHACÓN DELGADO, Pedro José: “La raza en Marcelino Menéndez Pelayo”, en *Letras de Deusto*, nº 132, 2011, pp. 95-128.
- CHACÓN DELGADO, Pedro José: *Perdí la identidad que nunca tuve: el relato del País Vasco de Raúl Guerra Garrido*, Málaga, Sepha, 2010.
- CHACÓN DELGADO, Pedro José: “Sabino Arana Goiri odiaba Bilbao”, en *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 42, 2014, pp. 99-114.
- CHACÓN DELGADO, Pedro José: “La metáfora de la limpieza de sangre en el origen del nacionalismo vasco”, en Pablo Sánchez León y François Godicheau, *Palabras que atan: metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*, Madrid, FCE, 2015, pp. 245-272.
- CHACÓN DELGADO, Pedro José: “El mito democrático y pluralista del Estatuto vasco de 1936”, en *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 52, 2016, pp. 95-117
- CORCUERA, Javier: *La patria de los vascos*, Madrid, Taurus, 2001.
- CORCUERA, Javier; Oribe, Yolanda; Alday, Jesús M^a: *Historia del nacionalismo vasco en sus documentos*, Bilbao, Eguzki, 1991, 4 vols.

- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: *La hojarasca; Relato de un naufrago; El coronel no tiene quien le escriba; La mala hora; Cien años de soledad*, Barcelona, Seix Barral, 1985.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: *El olor de la guayaba: conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 3^a ed., 1993.
- MONTERO, Manuel: “Etnicidad e identidad en el nacionalismo vasco”, *Sancho el Sabio*, nº 38, 2015, pp. 137-167.
- MONTES GARCÉS, Elisabeth: “Los olvidados en *Cien años de soledad*”, en *Estudios de Literatura Colombiana*, nº 10, 2002, pp. 59-68.
- PEREIRA FERNÁNDEZ, Alexander: “Cachacos y guaches: la *plebe* en los festejos bogotanos del 20 de julio de 1910”, en *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, vol., 38-1, 2011, pp. 79-108.
- POSADA CARBÓ, Eduardo: “La novela como historia: *Cien años de soledad* y las bananeras”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 35, nº 48, 1998, pp. 3-19.
- RUIZ DE OLABUÉNAGA, José Ignacio y Blanco, M^a Cristina: *La inmigración vasca: análisis trigeneracional de 150 años de inmigración*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1994.
- VARGAS LLOSA, Mario: *García Márquez: historia de un deicidio* (1971), en *Obras Completas*, vol. VI, *Ensayos literarios*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006, pp. 109-698.